

MÁS de 25 años de ejercicio profesional al cuidado de la documentación como archivero y en la formación de documentalistas, a parte de una extensa labor publicada como investigador de temas históricos, creo me avalan para aventurar mi propio concepto del documento, aún rompiendo con ello moldes hasta ahora tradicionales, que respeto pero no comparto. El concepto de documento no es reducible a un esquema único y rígido, y varía sustancialmente según se le mire desde los puntos de vista de los profesionales de las distintas ciencias relacionadas con el mismo, ya sea en el campo de la Documentación, en el de la Información, en el del Derecho y la Administración o en el de los simples receptores o utilizadores de la información documental.

Documentum, derivado de *docere* (enseñar, instruir), es sinónimo de fuente de conocimiento: todo aquello que demuestra o prueba algo. Para delimitar el concepto es preciso analizar las distintas partes del documento, tan importantes que pueden por sí solas definirlo: *soporte material*, que ha variado conforme a los tiempos (desde la piedra al disco magnético, pasando por el papiro, el pergamino, el papel...), *medio* (escritura, sonido, representación gráfica...) y *contenido o noticia* (información). Las tres son importantes y definen el documento, pero, dejando aparte ejemplares valiosos por su antigüedad o por sus circunstancias artísticas e históricas, la más importante es la última, ya que las anteriores son accesorias y pueden variarse por medio de reproducciones, trasladando los documentos a otros soportes e incluso utilizando otros medios. Un documento escrito puede leerse en voz alta y convertirse en audio visual.

La archivera Antonia Heredia Herrera da una definición bastante amplia, pero para mí insuficiente: «Documento es el testimonio de

la actividad del hombre, fijado en un soporte perdurable que contiene información». Pero ya hemos visto la fragilidad de este soporte y su carácter accesorio. Si prescindimos de él, el documento se convierte tan sólo en registro de información, algo capaz de transmitir el conocimiento. Es documento cualquier obra del hombre, en las tres dimensiones: gráfica, escrita, sonora, audiovisual, tridimensional, electrónica, magnética... Pero el mismo hombre es el mejor testimonio: memorias, historia oral; aunque el cuerpo humano, como otros muchos documentos, no es soporte perdurable. ¿Y sólo el hombre y el testimonio de su actividad? La historia humana está en los objetos cotidianos, en los edificios, en la naturaleza transformada. El planeta en su totalidad es documento humano, e incluso ya mismo el espacio exterior. A todas partes ha llegado la acción del hombre y todo puede ser testimonio de su historia. Todo lo hemos degradado y, muchas veces, destruido. Hasta lo más lejano hemos arrojado nuestros detritus, convirtiendo gran parte del espacio en basurero de la humanidad. ¿Pero, no es documento también, impresionante fuente de conocimiento, la propia naturaleza no alcanzada jamás por el hombre? ¿En dónde podemos hallar la historia del universo antes de que el hombre lo transformara y lo degradara?

Por todo esto el documento ya no es el que puede encontrarse en un depósito documental clásico: archivo, biblioteca, museo, centro de documentación; sino que lo encontramos constantemente en nuestro entorno. Por eso es tan importante la conservación documental, la protección jurídica y social que debe hacerse de todos estos testimonios del pasado del hombre y de la naturaleza. Los profesionales de la documentación son totalmente necesarios para la protección y conservación de estos testimonios, y también para

facilitar su utilización. Pero todos debemos cooperar con ellos en defensa de la documentación, conservar siempre cuanto sea digno de conservarse porque informe de algo trascendente y valioso. Y, cuando no podamos conservarlo personalmente, depositarlo en manos de quien está obligado por ley o por profesión a la custodia documental.

Documentalistas son todos aquellos hombres que han sabido captar el mensaje de las cosas y coleccionarlo, conservarlo o transmitirlo a los demás. No siempre a través de una acción profesional documentalista, sino también de una manera cotidiana o creativa, transmitiendo, a veces sin proponérselo, el mensaje de un documento perecedero a las futuras generaciones. Los periodistas, con sus preguntas a los entrevistados, están haciendo una labor fecunda en este sentido. Pero casi todos los artistas en general también lo hacen. Y entre todas las artes la Literatura y la Pintura son las que más logran captar estos mensajes de documentos perecederos de su época y transmitirlos a los usuarios del futuro. ¿Cómo podríamos conocer el siglo XVII español sin la labor documentalista que nos transmiten, entre otros insignes ejemplos, Cervantes, Quevedo y Velázquez?

Fulgencio Saura Mira es uno de estos grandes documentalistas de nuestro tiempo, que se empeña a su manera en legar testimonios de los documentos más perecederos a las futuras generaciones. Y lo hace con su gran sensibilidad de hombre del Renacimiento, no sólo a través de un único medio de transmisión intelectual, sino de varios, y a cada cual más importante: como escritor, como pintor, como etnólogo e incluso como museólogo, en una simbiosis perfecta de hombre comprometido con las cosas de su tierra.

Fulgencio Saura Mira es uno de estos hombres que comparte nuestro concepto singular y amplísimo de documento: no sólo el

testimonio del hombre, no sólo lo que ha sido fijado en un soporte perdurable y que por tanto puede ser conservado. También, piensa él, es documento lo efímero, lo que va a desaparecer en un instante; y no sólo lo elaborado por el hombre, sino también el valioso mensaje de la naturaleza por sí misma. Por eso se confiesa enamorado hasta los tuétanos de un paisaje que se destruye y transforma cada día; de unas costumbres que desaparecen vertiginosamente; de unos objetos cotidianos que es preciso recoger en los basureros o entre los escombros, porque fueron arrojados hace tiempo como detritus inútiles; de unos edificios, como las viejas almazaras, que se derrumban, enterrando las prensas y los alforines; de unas casa populares que son constantemente mixtificadas, destruidas, sustituidas por habitáculos impersonales y fríos; de unos seres humanos, en fin, como el huertano clásico, que desaparece también de la faz de la tierra, porque sus hijos ya no heredan el amor a la huerta que les ha hecho tener una personalidad propia, hasta una verdadera raza *sui generis* que los diferencia de los demás habitantes de la región.

Saura Mira es un pintor que ama profundamente la naturaleza y, sobre todo, la naturaleza del entorno de Murcia. Su tema preferido ha sido siempre la huerta, desgraciadamente perdida y casi irrecuperable ya, como no sea en el recuerdo de los que han sabido verla, y en los testimonios documentales, principalmente gráficos, y, sobre todo, pictóricos. Otro gran pintor murciano, el genial Pedro Flores, reflejó hace ya tiempo las costumbres de Murcia de principios de siglo, que donó para ser colocadas junto a la Fuensantica. Y pintó sus impresionantes documentos en el recuerdo, muy lejos de su tierra querida, en Normandía, Bretaña y París. Desde la frialdad de aquellas tierras, confesó: «Pintaba entonces la Murcia de mi niñez; unos cuadros

hechos de recuerdos y de corazón». Y son asombrosos, geniales documentos auténticos del pasado de Murcia. Saura Mira ha tenido más suerte: ha pintado muchas veces también desde el recuerdo las cosas desaparecidas, pero lo ha hecho desde la misma Murcia, en el mismo ambiente entrañable de lo que se fue.

Y la huerta entera de Murcia se ha ido. En una entrevista periodística, el artista confesaba: «La huerta ya no es, como se decía, el abrazo de la ciudad. La hemos perdido para siempre. Sin la huerta Murcia ya no es nada. Es como si nos faltara el aire. Por eso, basándome en el recuerdo, en lo poco que todavía queda, trato de inventarla, hacerla imperecedera». Y fiel a esta noble consigna se aplica incesantemente a la tarea. No sólo con sus cuadros, sobre todo acuarelas, sino con sus escritos y con toda su fecunda actividad intelectual. Y no para ni un instante, porque siempre brota, en cada esquina, el documento perecedero que es preciso conservar para las generaciones venideras: «Cuando veo una casa, un rostro, imagino una descripción y un dibujo».

Toda la labor literaria de Saura Mira se ha dedicado también a este tema monográfico: las cosas de Murcia, sus pueblos y su huerta. Principalmente con sus libros: *Alcantarilla, tradición e historia* (1976), *Pasión y Primavera Murciana* (1976), *Murcia, encuentros con la ciudad* (1978), *Por las tabernas de Alcantarilla* (1981), *Biografía de Saura Pacheco* (1982), *La ciudad en su múltiple relación con el hombre* (1983), *Vivencias de Fortuna* (1991). También con sus innumerables ensayos de investigación sobre temas de Murcia, Totana, Alcantarilla..., publicados en las revistas *Murgetana* a lo largo de muchos años y, últimamente, en *Cangilón*, la revista etnológica del Museo de la Huerta de Murcia, que dirige. Finalmente, quizás en el medio más importante, el periodístico, con multitud de artículos publicados

en los medios locales, sobre temas casi siempre muy documentados sobre etnografía e historia de Murcia y su huerta. Su labor investigadora le ha valido el ingreso en la Real Academia Alfonso X El Sabio.

Desde 1982 a 1986 fue director del Museo Etnológico de la Huerta de Murcia, del que fue también uno de los principales impulsores y creadores. Actualmente es miembro de la Asociación de Amigos que recientemente se ha creado para defender este interesantísimo centro documental murciano. Y la intencionalidad de todos estos trabajos documentales etnológicos, plasmados en sus libros, trabajos de investigación, artículos literarios y periodísticos, pero sobremanera en sus dibujos y pinturas, es manifiesta. El mismo lo confiesa hablando sobre su última obra: «Quiero hacer mía Fortuna, sus campos, su folklore, que va desapareciendo... Fortuna se me presenta como un paisaje casi bíblico por su aspecto de seccaral, y en el ancestralismo en que viven sus gentes, que muestran un carácter rústico, arcaico, de cultura neolítica, como me gusta llamarla y que es lo que me gusta a mí... Trato de aproximarme a las gentes de Fortuna, de conocerlas, de contactar con el pastor, con el labrador, con construcciones como las almazaras rotas de los caminos, que tuvieron vida en un momento determinado, pero que sólo queda su memoria».

Y sigue diciendo el artista: «Amo tanto a Murcia que quiero pintarla en su totalidad, en cada tiempo, a cada instante, en el tiempo que la embadurna de contenido sentimental». Y en otro lugar, continúa: «Trabajo del natural, entendiendo que una calleja o un páramo sostienen en su haber una potencia de belleza sin límite. Quisiera predicar la belleza de las cosas en un mundo introvertido, que se rompe con su tecnificación. Desearía hacer mostrar la belleza del rostro de un mendigo, en este mundo de desencantos, y más aún quisiera ser

defensor del espíritu, ahora, en que se ha roto el alma de tanta civilización».

Sigue así, Saura Mira, artista integral, defensor de la belleza de lo perecedero y de lo efímero, auténtico documentalista de documentos que desaparecen de inmediato, notario artístico de la Murcia de tu tiempo. Sé feliz y

haznos felices a los demás con tu arte y con tu testimonio. Porque tú lo has dicho también: «Sólo necesito un pliego de papel para comenzar a ser feliz, y la naturaleza por medio».

*Francisco Fuster Ruiz**

Murcia, 21 de marzo de 1992



* Francisco Fuster, del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, ha sido director del Archivo General de la Marina y actualmente profesor titular de Biblioteconomía y Documentación en la Universidad de Murcia.